

Blanca Pérez Lorenzo

2.º ESO C

Seis años

Seis años. Seis años de noches en vela. Seis años de incertidumbre. Seis años de errores, caídas, contratiempos y quemaduras ¿Parece mucho tiempo, verdad? Bueno, pues míralo de otra manera. Seis años de esfuerzo, dolor, ansia y persistencia a cambio de la salvación de la especie humana. Seis años de la vida de una sola persona para salvar a otras mil millones de ellas. Y esa persona soy yo. Lo he conseguido. Ahora que tengo la fórmula veo tan obvios los errores que tenía antes. Estaba planteándolo todo mal. Tenía la fórmula, los ingredientes, la fuerza de voluntad... Pero no lo enfocaba de la manera correcta. Lo enfocaba basándome en los procesos que siempre había utilizado. Los que usó Fleming, John Dalton o Dimitri Ivánovich. Los que usa tu profesor de Física y Química en el colegio. Los que usan todos los científicos del mundo. Los procesos que nos sirvieron. Hasta ahora. Con este invento he tenido que salir de lo normal, dejar de enfrentarme a la naturaleza y unirme a ella. Yo sabía que faltaba algo. Sabía que faltaba un pequeño cambio en ese elemento para que todo encajase. Lo que no sabía era cómo producir ese cambio. Hasta que un día me arriesgué a usar un poco de la mezcla que me quedaba para fermentarla de una manera desesperada: usando lo que usaban las plantas. La luz. Sometí a la mezcla a una radiación de rayos uva que habría matado a cualquier ser humano durante un sol y una luna. Recuerdo perfectamente la mañana en la que supe que había dado con la composición correcta. El 13 de abril de 2054. Fue uno de los pocos días en mi investigación en los que dormí hasta tarde. Recuerdo que bajé a la cocina y me preparé un café. Mientras me lo tomaba vi por la ventana cómo mi vecina, la señora Lorenza, que siempre había sido una mujer alegre y optimista, paseaba a su viejo perro por la acera de enfrente, vestida completamente de negro pese al calor que hacía debido a la muerte de su hijo menor Tom, que se suicidó por la grave depresión que sufría. Y en ese camino iba ella. Llevaba de luto ya tres semanas. Esa imagen me hizo apurar el café y dirigirme rápidamente hacia el laboratorio. Entré en el salón y abrí la puerta que conducía a las escaleras. Mientras las bajaba iba reflexionando sobre el mundo.

<<Está destrozado. Las guerras, el hambre, las muertes... Los países que estaban en el segundo mundo han pasado a estar en el tercero. Pero lo que yo considero lo peor de todo es la falta de felicidad. Ya no existe. La gente intenta buscarla por medio del dinero, y parecerá que la han encontrado, que son felices, pero en el fondo no. En el fondo están más deprimidos de lo que estarían sin ser ricos. Otros se apoyan en sus familias y al principio puedes creer que eso funciona, pero entonces uno de ellos cae y a partir de ahí le siguen todos. Ahora mismo la increíble proporción de un 60% de la población española sufre una depresión, una enfermedad mental o va en camino de ella. Y el 40% restante no es exactamente feliz... Y esto no es solo en España, sino en todo el mundo.

Yo siempre he pensado en esto como una epidemia, una epidemia provocada por la sociedad, una epidemia provocada por el mercado, una epidemia provocada por la avaricia humana. Una epidemia que acabará con nosotros. A no ser que alguien haga algo. Y ese alguien soy yo. Así que a eso me dedico. A buscar una cura para esta epidemia que acabará por matarnos a todos. A buscar el final de la infelicidad. A buscar la felicidad. >>

Para aquel entonces ya había llegado al final de la escalera. Abrí la puerta del búnker-laboratorio y entré en tinieblas. Mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la oscuridad, pero cuando lo hicieron distinguí una luz proveniente de la incubadora donde se encontraba la muestra que había dejado al día anterior. Tanteé la pared en busca del cuadro eléctrico. Lo abrí y accioné una palanca. Todas las filas de luces fluorescentes se encendieron por orden de cercanía al cuadro. La fuerte luz me cegó por un momento y tardé unos segundos en volver a ver. Era una sola habitación muy grande pero llenísima de mesas de acero con grifos, trípodes, mecheros, matraces, termómetros, balanzas y microscopios. Había todo lo que un químico pudiese necesitar para salvar a la humanidad. Me dirigí a la incubadora sabiendo perfectamente lo que iba a encontrar. Por el camino agarré una de las batas que había colgadas en el perchero al lado de la puerta y me la puse. Pero al abrir la tapa de la incubadora me llevé una sorpresa. El líquido, que solía ser verdoso, había cambiado a un color completamente transparente. Esto solo había pasado tres veces en mi investigación, pero siempre se había transformado a un verde más fuerte, y cuando se lo daba a los hámsteres, les daba un ataque nervioso de unos segundos y luego morían. Tenía un presentimiento. Saqué el tubo de ensayo de la incubadora y lo coloqué en una gradilla. Agarré una pipeta del cajón más cercano y succioné la sustancia exacta que debería beber un cuerpo tan pequeño como el de esos animalillos. Me acerqué a las jaulas y solté uno de los bebederos de las rejas. Lo abrí y vertí la sustancia incolora dentro. Agité

el botecillo y lo devolví a su sitio. Había escogido la jaula del hámster más fofo y amargado que tenía. Me senté en la silla más cercana y observé al hámster.

<<Habrà que esperar hasta que a este gordo le entre sed. >> pensé. Pero llevaba ya cinco minutos esperando y la paciencia se me estaba agotando, por lo que puse un poco de comida al hámster en un platito cercano al bebedero a ver si así le daban más ganas de levantarse. Funcionó. Tras medio minuto el hámster reunió la suficiente fuerza de voluntad como para levantarse y un minuto y medio más tarde había alcanzado el platito. Al cabo de unos minutos se había zampado toda la comida y se estaba acercando al bebedero. Yo temblaba de miedo.

<< No va a funcionar. Morirá como el resto. >>

Para aquel entonces el hámster ya había dado dos largos tragos y estaba en camino del tercero. Entonces paró de beber y se alejó dos pasos del agua. Yo estaba a punto de cerrar los ojos para no tener que ver morir de una parada al corazón a otro de mis hámsteres y sobre todo no tener que ver otro fracaso más. Pero entonces el hámster se levantó con alegría y se dirigió a la rueda de correr, que estaba oxidada y con la pintura caída del desuso, se subió a ella y comenzó a correr con paso alegre. La rueda, que habría jurado que no se volvería a mover ni un solo milímetro durante todo lo que quedaba de la historia de la humanidad, empezó a girar con un quejido cuando el movimiento del hámster la obligó.

Yo no me podía mover. Estaba paralizado. Sentía que si me movía destruiría ésta feliz ilusión y el hámster volvería amargado a si aburrida rutina diaria. Pasaron así cinco minutos. Entonces el hámster se bajó de la rueda y se dirigió con paso alegre al bebedero. Pegué un bote y me acerqué raudo a la jaula. Con un movimiento ágil solté la pieza que mantenía el tubo agarrado a las barras y lo quité de su sitio. El hámster, confundido, se detuvo y me lanzó una mirada de alegre interrogación. Tiré el bebedero al lavabo más cercano y le robé el suyo a la jaula vecina. Lo vacié y lo volví a llenar con agua limpia. Se lo puse al hámster para que bebiera. Todo parecía correcto. El hámster estaba feliz. ¡El hámster estaba feliz!

<<Por fin. ¡Por fin! ¡Lo he conseguido! Yo, Juan Rodríguez del Río, he creado el suero de la felicidad, ¡He conseguido salvar a la humanidad! >>

Saqué al hámster de la jaula y comencé a acariciarlo con un aire conspirador.

<< ¡Victoria! Eso es, Victoria. Así te vas a llamar, pequeñín... >>

Acababa de finalizar el primer paso y ya estaba pensando en el segundo: la distribución.

~ *** *** *** ~

Habían pasado ya cinco meses y ya había distribuido el suero por Barcelona, Madrid, Andalucía, Extremadura, Valencia y Castilla la Mancha. Tras probarlo con la señora Lorenza y observar su comportamiento durante un mes había llegado a la conclusión de que había creado el suero final, pero aun así lo probé también con otras dos personas aleatorias. Funcionó. Tras esa victoria decidí comenzar a distribuir el suero de forma progresiva, empezando por una embotelladora local, pasando a una nacional y luego a la red. Me había ayudado mucho el hecho de que la sustancia era incolora, insípida y no se podía detectar con las pruebas que se le hacían normalmente al agua.

Cinco meses después el suero ya había llegado a toda España y Francia iba en camino. Los medios de comunicación habían soltado alguna cosa aquí y allá, pero el cambio se reflejaba principalmente en el país y en su economía. La gente estaba feliz. Iban a trabajar con alegría, los jefes no despedían a gente, las familias no pedían préstamos porque ya no necesitaban dinero para ser felices, las farmacias dejaron de vender antidepresivos... Pero en eso reside el problema, en las empresas que no se vieron beneficiadas con el cambio. En laboratorios farmacéuticos, bancos, joyerías, farmacias... Los jefes de todas esas grandes empresas no son estúpidos y saben que hay alguien que está produciendo ese cambio en la gente. Por eso mantengo mi personalidad en secreto. Pero por muchas precauciones que tomé acabaron por descubrirme. El primer aviso fue un sobre que metieron por debajo de mi puerta. Contenía una carta que decía:

``Sabemos que eres tú. Te proponemos un trato. Danos la fórmula y no te mataremos. Contacta con nosotros.``

Yo no les di la fórmula. Y vinieron a matarme. Conseguí ahuyentarlos, pero poco después empecé a recibir amenazas de otra gente. Así que me fui. España ya estaba curada y quedarme ya no me servía para nada. Me marché a un lugar remoto cuyo nombre prefiero no revelar, desde donde sigo suministrando el suero de la felicidad a mis contactos en todo el mundo.

Escribo esto desde mi laboratorio en algún lugar, desde donde soy feliz sin haber tenido que tomar el suero porque hago feliz a la gente. He conocido a una mujer maravillosa y un hijo viene en camino.

Seis años. Seis años para conseguir la felicidad.